

# I

*Tú que llegas a Wheat City recuerda que uno solo es el río en la ciudad insomne. Desde lejanos neveros, el río no cesa de empujar su curso, solo atento a su vocación de mar. Ahora urge cruzar alguno de los puentes que juntan lo que el río divide.*



## EL MOMENTO DE ENTRAR

No temas llegar tarde  
si al llegar se te ofrece  
una amistad sin pliegues.

Aun bajo un cielo duro,  
tal vez Wheat City  
tire de ti como la anunciación  
de una antigua inocencia.

Sí, mejor  
no hay duda que es mejor un hueco  
propicio a nueva claridad.  
Darse a un sueño, abierto a lo que encuentres,  
y, como si te alzaras  
por sobre la aridez de lo ya visto,  
dar alcance a las nubes.

El aire de los páramos, gustoso,  
¿no te empuja a cruzar esta muralla?

Ya te cubre  
benéfica la luz en su apogeo.  
¡Ahora sí  
puedes entrar silbando bajo los soportales!

Lo sabes bien: alrededor  
todo alarga su mano,  
su mano de amistad que es mucho.

## NADIE, O SEA, TÚ

Bajo los soportales  
un bullicio sin nombre  
te da campechanía.

De repente,  
tras el espejo de una tienda  
avanza sin aviso un hombre, o sea,  
un bulto infame  
cuya estampa suscita indiferencia o menos.

¿Quién, si pobre y de paso, necesita  
ver su precariedad multiplicada?  
Y aunque, no sin desgana, admities  
que acaso sea igual que tú,  
pronto el neón vocea  
que alguien ahí se ha personado,  
al menos por azar.

En esta agitación de formas, ¿quién,  
quién, bajo el guiño torpe de la duda,  
te mira, gesticula, finge  
el furor de vivir? Acaso sea el mismo  
que, esclavo de tu insignificancia,  
se aturde  
por haber incurrido en el error

de estar delante de un espejo  
donde aparece nadie, o sea, tú  
con el rostro de ayer.

## UN SOLO NOMBRE

De que venía no dio aviso.  
Y nadie le esperaba.  
Mentó a los que no eran. Vino  
así. Atizando la nostalgia.  
Llegar era un rescate póstumo  
de lo que atrás quedó sin causa.  
En el zaguán bien pronto supo  
que el mundo cabe en una lágrima.

Entre el ayer y el hoy, se dice,  
tienden un puente las palabras.  
Y él, cerca o lejos, lo tendía  
exactamente a la distancia  
de su avidez. ¿Escucharía  
el eco del ayer en casa?  
¿Y si volvieran los ausentes?  
Lejos los truenos retumbaban.

Tras franquear la estancia, dijo  
seguidos los tres nombres. Nada,  
salvo el silencio estricto donde  
hasta las sombras se acobardan.

¿Por qué recuperar los besos?  
Dos nombres soltó entonces. Nada.  
Denso un silencio se cernía  
por los rincones de la casa.

Más fuerte cada vez los truenos  
con su flagelo golpeaban.  
Dentro de sí un no sé qué bullía  
y fue que, abriéndose al mañana,  
gritó por fin un nombre, el nombre  
que ardiendo estaba en su garganta.



## SIN SOMBRA

«A la orilla gastada del camino  
mi sombra y yo nos despedimos.»

G. DIEGO

Si, aquí llegado, el cuerpo es la frontera,  
¿no la traza a cordel la sombra sola?  
No cabe, pues, reír cuando se postre  
la sombra sobre el suelo y, al seguirte,  
más bien un rey parezcas sin zapatos.

Por su composición se inclina a ser  
réplica sin horario de un volumen.  
Si, siendo así de leve, es la otra cara  
de un sol en cénit, con su seguimiento  
muestra una fidelidad a toda prueba.

Ya te aplauda o te afee, su intención  
es de humildad sin tregua. No traiciona.  
Con su servicio reproduce el paso.  
Lenta si lento el cuerpo. Que si aprieta  
la marcha, también ciñe su acomodo.

Sonríe, a ver si olvidas que aquí nada  
en pie se mantendrá. Cuando la sombra

emigre hacia otro lado, ¿de qué avisa?  
De que, una vez caído, así te quedas.  
Te quedarás pidiendo que retorne.